

# Aquellos molinos

*En esto descubrieron treinta o cuarenta molinos de viento que hay en aquel campo, y así como Don Quijote los vio...*

El escritor cierra los ojos, recordando cómo en el claro cielo de Campo de Criptana se recortan tres de aquellos *treinta, o pocos más, desaforados gigantes* de la quijotesca alucinación. De sus aspas inmóviles cuelga como un exvoto la copla desmayada:

*A Campo de Criptana  
van mis suspiros,  
tierra de chicas guapas  
y de molinos.*

Dialogando consigo mismo, tal vez desbarrando un poquito, el escritor camina. Como los niños cantan para alejar el miedo, lo que realmente quiere es olvidar tantas incomprendiones en torno a la infinita llanura; renqueantes vulgaridades, sin cedazo para los tópicos, de los pobres de espíritu, que acaso sospechan que *so el sayal hay al*, pero no saben qué. Nunca lo sabrán.

Cazcaleando por nuestros caminos, se inunda el espíritu de la inmensa belleza, con evidencia de lumbrarada y, al propio tiempo, recóndita. Ya advirtió el dilecto Baudelaire que el paisaje es un estado del alma.

La Mancha es tierra de mujeres guapas. Su corporal belleza se ahila, quintaesenciada en lo espiritual. Albacete, Villarrobledo, Tobarra, Hellín... *En Hellín* —sentenció el maestro monovero-mancheño— *se perpetúa un tipo de mujer escultural, bellísima*. Y Machado el grande:

*Es la mujer manchega garrida y bien plantada,  
muy sobre sí doncella, perfecta de casada.*

Es incuestionable que Cervantes no eligió caprichosamente este grandioso escenario para la aventura del más idealista caballero que los siglos contemplaron. Necesitaba —asegura Galdós— *aquel horizonte, aquel suelo sin caminos, aquella tierra sin direcciones, aquel sol que derrite los sesos, aquel campo sin fin donde se levanta el polvo de imaginarias batallas, aquella escasez de ciudades, aquel silencio*.

¿Y los molinos? Ellos simbolizan, hacia los literarios cielos —para el verdadero están las catedrales— la quieta súplica de sus aspas, la fantasía.

No eran desaforados gigantes, no como quería Don Quijote y como Unamuno quiso. Ya lo aclaró Sancho: *No eran sino molinos de viento, y no lo podía ignorar sino quien llevase otros tales en la cabeza*.

Tiempo ha, paralizada la piedra moledera. Ya no cae la harina alba, caliente, tierna, entre picarrescos decires:

*Tin, tin.  
De cada fanega un celemín  
y si es de rico  
otra para el borrico;  
y si es de pobre  
otra para que sobre;  
si la molinera  
tiene roto el jubón,  
un celemínón...:*

Giran, por fortuna, en la cabeza de don Alonso y en la de don Miguel —nada menos que todo un hombre—. Esos molinos de viento son los que muelen el trigo espiritual de España.

Esos mismos molinos los llevan los poetas en el corazón. El viento de la ilusión no deja reposo a sus aspas, y así van lanzando harina lunar sobre la ajena vulgaridad de molinos que no muelen.

Hombres de lírica molienda, actuaron una noche inolvidable —hace algunos años— en teatro villarrobletano. Gran honor fue para mí cerrar aquel acto de férvida mancheguía.

Los molinos de otrora... ¿Y el recientemente alzado en el campo aledaño de Munera? Bajo la remembranza de la bella Quiteria, homenaje hodierno a los tradicionales molinos.

¡Buen lugar de meditación para un manchego Daudet!...

Esperaría yo, impaciente, la recepción de sus misivas. Podrían titularse con idéntica sencillez: *Cartas desde mi molino*.

¡Renovada gloria de la cruz de las aspas en el aire puro de La Mancha!

José S. SERNA

